



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA CORPUS CHRISTI, 2024 **02/VI/2024.**

Muy apreciados hermanos:

Además de la Solemnidad de la Cena del Señor, que hemos celebrado el Jueves Santo, la Iglesia quiere que profesemos nuestra fe, públicamente, en la Eucaristía, este domingo, para evitar un gran peligro: acostumbrarnos a la presencia real, y dejar de hacerle caso, recibiendo el reproche de San Juan Bautista: “*iEn medio de ustedes hay uno a quien no conocen!*” (Jn 1, 26).

La solemnidad del *Corpus Christi*, Cuerpo y Sangre del Señor, instituida por el Papa Urbano IV, se remonta al siglo XIII. Toda la liturgia fue compuesta por Santo Tomás de Aquino, el más sabio de los santos y el más santo de los sabios. Al final de la celebración, tiene lugar la procesión, adoración y bendición con el Santísimo Sacramento, que quiere remarcar nuestra condición de pueblo peregrino, que necesita alimentarse y adorar a Dios para llegar al cielo.

La historia nos relata que “en el año 1264, se verificó el milagro eucarístico de Orvieto, uno de los más impresionantes que haya existido. Los hechos ocurrieron frente a los ojos del Padre Pedro de Praga quien desde hacía un tiempo dudaba de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. En aquella ocasión, el sacerdote se encontraba peregrinando a Roma y descansó una noche en Bolsena, cerca de Orvieto, puesto que la población está relativamente cerca de la Ciudad Eterna.

Allí, en la iglesia de Santa Cristina, el sacerdote solicitó celebrar la Eucaristía, con la esperanza de encontrar una respuesta a sus dudas. La mañana siguiente, cuando el Padre de Praga consagraba el Pan y el Vino, se hizo palpable el gran misterio de la transustanciación del Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuando la Sagrada Hostia se convirtió en carne, comenzó a sangrar y manchó el corporal.

Sorprendido por lo sucedido, muy pronto el sacerdote comunicó el prodigio divino a Urbano IV, quien por entonces se encontraba en Orvieto. El Papa, inmediatamente solicitó la hostia y el corporal para verificar lo ocurrido. Al ver el milagro, se arrodilló frente al corporal y luego lo mostró a toda la población”.

Para creer en la presencia real de Jesús en la Eucaristía no nos hace falta ese tipo de milagros, basta la palabra de Jesús; sin embargo, el Señor, que nos conoce muy bien, permite que se den estos milagros para afianzar más nuestra fe.

Les invito a que, en un momento del día de hoy, personal o comunitariamente, hagan meditación teniendo en cuenta las lecturas del día, y las oraciones que ofrece la liturgia para esta celebración, que ha alimentado la fe de muchos cristianos a lo largo de muchos siglos.

Como les he dicho anteriormente, esta fiesta quiere remarcar la presencia real de Jesús en este sacramento. Y podemos verlo en las lecturas propuestas, especialmente en el Evangelio, el cual nos relata la institución de la Eucaristía en la

última cena del Señor, antes de entregar su vida por nosotros. Y el prefacio de hoy nos enseña que *“Jesús, al instituir el sacrificio de la eterna alianza, se ofreció a sí mismo como víctima de salvación y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya. Su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica”*.

Teniendo en consideración la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia, debemos tener la Eucaristía en el centro de nuestra cristiandad. En efecto, como decimos en la liturgia, la Eucaristía es el misterio de nuestra fe. Y la Iglesia, como madre, viendo la importancia y el valor de la Eucaristía, de alguna manera, obliga a sus hijos a asistir a ella todos los domingos y fiestas de guardar.

Asistir a misa sigue siendo una obligación grave. Porque es imposible vivir como cristianos sin escuchar la palabra de Dios y participar, frecuentemente, en la misa en la que el Señor se entrega por nosotros. Y debemos participar activamente: no se trata de oír, o de estar, o sólo cumplir. Si estas últimas son nuestras actitudes, poco a poco abandonaríamos la fe y la práctica religiosa, como lamentablemente ha pasado con algunas personas

¿Cuáles son las distintas actitudes interiores que hemos de asumir durante la Eucaristía?

- **Reconocernos pecadores y necesitados del amor y el perdón de Dios**, en dos momentos: en el rito penitencial y antes de recibir la sagrada comunión: en efecto, decimos “por mi culpa... y Señor, no soy digno...”.
- **Confianza**, expresada por medio de las peticiones y del Padre Nuestro, pues sabemos que todo lo que pidamos al Padre, en nombre de Jesús, Él lo concederá (cf. Jn 14, 13). Jesús es fiel a su palabra.
- **Gratitud y alabanza**, expresadas en el himno del Gloria, en el Prefacio, y en el silencio de comunión. Reconocemos a Dios, como fuente de todos los dones y beneficios. En Dios *“existimos, nos movemos y somos”* (Hch 17, 28).
- **Ofrecimiento y entrega**, mediante el ofertorio, la consagración y la comunión.
- **Fraternidad**, expresada en el momento de la paz, el Padre Nuestro y la comunión.
- **Fe**, profesada mediante el credo. Somos un pueblo Peregrino, que espera la segunda venida de Jesús y su juicio final y, mientras llega ese momento, decimos a una sola voz: “proclamamos tu muerte, anunciamos tu resurrección: Ven Señor Jesús”.

Finalmente, como dice el Papa Francisco, *“la Eucaristía no es el premio de los santos, sino el Pan de los pecadores”*. Debemos comulgar con frecuencia, ojalá todos los domingos o, si es posible, todos los días, a no ser que estemos en pecado mortal. Tengamos cuidado con un error que se da entre las personas escrupulosas, que rarísimas veces comulgan. San Juan Bosco decía: *“debemos comulgar muchas veces, porque no comulgamos porque somos santos, sino porque queremos ser”*.

santos”.

Hace ya muchos años leí esta anécdota que me ha ayudado mucho para valorar más este sacramento, y creo que les ayudará también a ustedes: *“Había un muchacho que siempre llegaba tarde a casa cuando salía de la escuela. Los consejos y reprimendas no surtían ningún efecto. Finalmente, un día su padre le llamó al orden y le dijo: la próxima vez que llegues tarde, cenarás pan y agua. ¿Está claro?*

El hijo lo entendió perfectamente. Pocos días después el muchacho llegó a casa más tarde que nunca. Sus padres no le dijeron nada. Cuando se sentaron a cenar vio que los platos de sus padres estaban llenos y en el suyo había sólo un trocito de pan y un vaso de agua. Miró al pan y luego al agua. El padre esperó un rato para que el hijo interiorizara el castigo. Luego tomó el plato del hijo y se lo puso delante de él. Cogió su plato y lo puso enfrente de su hijo y se pusieron a cenar.

Años más tarde, ese mismo muchacho, al recordar aquel episodio de su vida comentaba: “Toda mi vida he sabido cómo es Dios por lo que hizo mi padre aquella noche”.

Hermosa lección en la que el padre se impone el castigo que su hijo merece. Una lección sin palabras. Una lección sobre Dios que el hijo nunca olvidó.

Queridos hermanos, Jesús, como el padre de la historia, cada domingo coge nuestra vida vacía, quizás herida y débil, y nos ofrece un plato rebosante de amor y perdón y nos dice: “Tomen y coman, esto es mi cuerpo”.

Nos unimos a la Secuencia de este día y decimos:

*“Al Salvador alabemos, que es nuestro Pastor y guía.
Alabémoslo con himnos y canciones de alegría.
Alabémoslo sin límites y con nuestras fuerzas todas;
pues tan grande es el Señor, que nuestra alabanza es poca.
Gustosos hoy aclamamos a Cristo, que es nuestro Pan,
pues Él es el Pan de Vida, que nos da vida inmortal...”*
Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
*Ángel Francisco Caraballo Ferrn
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/130